nombres comunes" en la tabla de contenido) y listas (con algunos sinónimos botánicos y bibliografía) que agilizan, amplían y dan variedad a la búsqueda de la información presentada. Un detalle importante, que vale la pena hacer resaltar como aporte original de este libro, es que no sólo se mencionan las fuentes de las ilustraciones y las fotografías —lo cual es un imperativo de cualquier publicación seria— sino que se incluye una lista con la localización de las fotografías. De esta manera, la información se pone literalmente "al alcance de la mano" del lector: todo aquel que desee ver, tocar, oler —percepciones sensoriales vitales cuando de conocer árboles se trata— algunos árboles cuyas especies estén incluidas en el libro, puede localizarlos sin necesidad de hacer grandes recorridos; sólo debe remitirse a la lista de la pagina 174 y emprender un corto viaje por el valle de Aburrá. Para otros, entre observadores atentos, profundos conocedores del tema y amantes de los espacios verdes de la ciudad, seguramente en muchos casos bastará con observar las fotografías para inmediatamente saber de cuál árbol se trata, y dónde se localiza: como la ceiba verde del parque contiguo al teatro Pablo Tobón Uribe (pág. 94) o el almendro del patio central del actual centro comercial Villanueva (pág. 65), el totumo frente al edificio de la antigua biblioteca de la facultad de agronomía de la Universidad Nacional (pág. 152), o la miona del parque de Suramericana (pág. 155), o el guayacán de bola en la avenida Oriental, junto al edificio Argos (pág. 114). La apropiada selección de las fotografías (hay pocos errores, como el detalle de la palma táparo [págs. 51 y 18], y el detalle del caracolí [pág. 79], que aparecen "cabeza abajo") facilita que el lector reconozca "sus árboles" y "su ambiente urbano", ayudándole a que se compenetre con ellos.

Con un lenguaje directo, sencillo y preciso, los autores del texto contribuyen, mediante sus descripciones y su recopilación bibliográfica, a divulgar un conocimiento sobre estos árboles y su uso en ambientes urbanos, que generalmente se encuentra bastante disperso (*e. g.*, la bibliografía en la pág. 173), o en publicaciones muy técnicas[1], o en obras similares para otras regiones[2], u otras ciudades del país[3]. La diagramación sobria, consistente a lo largo del libro, junto con las excelentes fotografías —que desde la portada y la contraportada ya asombran— contribuye a que en conjunto esta publicación sea digna de alabar. Es un verdadero placer tener este libro en las manos: desde el punto visual, de contenido, de trabajo editorial. Por eso, es lamentable la omisión de la fecha de impresión y que un número tan pequeño de ejemplares se haya destinado a la venta en esta primera edición. La tremenda acogida del público en general, y la velocidad con la cual se vendieron los ejemplares, son poderosos indicios de que sería recomendable sacar al mercado una reimpresión o una segunda edición.

El libro realmente contribuye a que el lector —bien sea el especialista en planeación o diseño urbano, el ecólogo, el biólogo, el forestal, el estudiante, el naturalista "enamorado de los árboles", el niño o simplemente el habitante urbano— pueda conocer más sobre sus árboles vecinos: los del parque, los de la calle, los de la esquina o los de los núcleos verdes del valle (como el Jardín Botánico y algunos predios universitarios, entre otros).

En la medida en que nos acerquemos al conocimiento de nuestro entorno ambiental más próximo, que lo apreciemos y valoremos sus virtudes —como disminuir el ruido y la contaminación atmosférica, atenuar los rigores del clima, suministrar alimento a las aves, etc.— podremos mantenerlo y mejorarlo para nuestro beneficio y el de las generaciones futuras. En este contexto, la arborización es fundamental y los esfuerzos por incentivarla, sea en el ámbito público o en el privado, seguramente contribuirán a hacer más amable nuestro espacio urbano.

ANA CATALINA LONDOÑO VEGA

---

1 Gloria Galeano y Rodrigo Bernal, *Palmas del departamento de Antioquia, región occidental*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1987, 221 págs., il.

2 Gilberto Emilio Mahecha y Rodrigo Echeverri, *Árboles del Valle del Cauca*, Bogotá, Progreso Corporación Financiera, 1983, 208 págs., il.

3 Luis Fernando Molina, Gabriel Jaime Sánchez y Mauricio González, *Guía de árboles, Santafé de Bogotá*, Santafé de Bogotá, Departamento Técnico Administrativo del Medio Ambiente, DAMA, 1995, 166 págs., il.

Las dos terceras partes —y pico— de lo que somos

Raíces. Mitos, relatos y leyendas
Bety María Triana Nova,
Néstor Rafael Mendoza
Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1997, 112 págs.

Quinientos años no son muchos para el planeta. En sus 4.500 millones de años de vida, la Tierra, mundo aún relativamente joven, ha visto caer meteoros, pasar glaciaciones, erupciones volcánicas y más de un holocausto mundial, como aquel que acabó con los grandes saurios. Pero para los humanos (para nosotros, los recién llegados), el tiempo es otra cosa. Si consideramos que la civilización humana tiene menos de diez mil años, sabremos que aunque quinientos años sean pocos para el planeta, ocupan una buena porción del ayer de la humanidad.

Y por si esto fuera poco, no podemos menos que admitir que, desde un punto de vista histórico, los últimos quinientos años han sido bastante especiales. Para decirlo de algún modo, han sido bastante acelerados. Napoleón y la conquista de Europa, Picasso y el cubismo, Hitler y la Europa arrasada, Shakespeare y Hamlet, Bolívar y la in-

dependencia de Suramérica, Einstein y la teoría de la relatividad, entre muchos hombres y acontecimientos que han dejado una huella imborrable... por lo menos para los humanos.

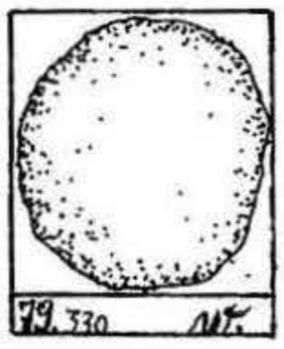
Sin embargo, todos los grandes nombres de la historia pasan a un segundo plano de importancia frente a un acontecimiento mayor, de repercusiones inacabables: esto es, el tropiezo de Colón con América mientras buscaba la India... El día en que confirmamos que no sólo la Tierra era redonda, sino también que en ella había más de un mundo. Un acontecimiento que ocurrió (¡sorpresa!) hace poco más de quinientos años.

Tiempo más que suficiente para perder la memoria, si tenemos en cuenta que no sólo la humanidad tiene una memoria corta, sino que además la tiene parcializada, pues en ese entonces la mitad de la humanidad pretendió borrar a la otra mitad. Y borrarla no solamente porque estorbaba a la explotación de la tierra por parte de los nuevos dueños, sino también porque los antiguos habitantes del Nuevo Mundo resultaban incomprensibles para los recién desembarcados... ¡Un mundo donde el oro no tenía valor económico sino sólo religioso, imagínese usted! Por eso no bastaba que, con ayuda del acero, la pólvora y las enfermedades, los "descubridores" acabaran con el noventa por ciento de la población aborigen (en un holocausto que ni Stalin ni Hitler pudieron superar), sino que había que destruir su memoria, acabar con los códices mayas, construir catedrales sobre las pirámides aztecas.

Pero nosotros, los hombres que en la actualidad habitamos América, no somos europeos: somos los hijos mestizos de tres razas. Y hoy comenzamos a extrañar nuestras memorias perdidas. Por primera vez empezamos a buscar las dos terceras partes de lo que somos, negadas siempre en pro de un ancestro blanco que, si bien importante, no basta por sí solo para darnos la identidad que necesitamos.

Es en el marco de esta búsqueda donde entra en juego *Raíces*. Un intento modesto en tamaño, pero importante en sus planteamientos. Un libro que pretende recobrar una de nuestras memorias perdidas: la indígena. Memoria que tiene su propia carga de tesoros y dificultades: tesoros encerrados en su unidad, hija de la visión indígena donde cada elemento es parte del todo; dificultades nacidas de la dispersión de nuestro propio mundo, debido a la cual nosotros, herederos del "método científico", no podemos dejar de extrañarnos ante las cosmogonías indígenas, donde el universo es un reflejo de los seres.

No, no es fácil llegar a captar el sentido de los 15 relatos contenidos en *Raíces*, relatos provenientes de las culturas desana, U'Wa, murui-muinane, wayúu, emberá, ufaina, yucuna-matapí, guahíbo y piapoco. Pero es fascinante intentarlo... Fascinante tanto desde el punto de vista de los buscadores de la identidad latinoamericana, como desde un punto de vista meramente literario.



Los relatos indígenas siguen una lógica muy distinta de aquella a la cual estamos acostumbrados. La literatura occidental, esa literatura que es nuestro legado con todas sus bondades y todas sus carencias, ha sido marcada fuertemente por la necesidad de una lógica argumental estricta, y más allá de esto sólo habita lo experimental. La literatura indígena, en cambio, no es una esclava de la continuidad argumental; pasamos de un episodio a otro sin necesidad de enlaces, pues aparentemente el indígena no desconfía del "cuentero"; así que éste no tiene que probarle a su oyente que todo lo que cuenta es cierto. Por decirlo así, basta con la palabra del narrador.

En la historia de los wayúes, *La madre del jaguar y la hija del gavilán*, encontramos un claro ejemplo:

> *El Gavilán de Mar, pájaro fragata, tenía una niña. No había hombres ni nada, pero un día la niña tuvo reglas y apareció embarazada. El niño creció en su vientre y le conversaba. Le pidió flechas, ella las hizo y le dijo:*
> *— Salga y cace.*
> *No salía, ella se golpeó el vientre. Enojado, el niño no le habló más. Un día ella rajaba leña y una astilla le saltó a los ojos: quedó ciega. Caminó y se perdió en el matorral. La vieja mamá del Jaguar la recogió. El Jaguar al ver a la muchacha que traía su madre, tuvo hambre, y la devoró. Al terminar escupió tres pedacitos de carne que le quedaron entre los dientes; la vieja los puso en algodones. Tres muchachos crecieron. Maleiwa, el menor, es nuestro padre. Él persiguió al Jaguar, lo flechó y le lanzó fuego que hizo frotando dos trozos de flecha. Por eso el Jaguar tiene manchas negras. Finalmente lo expulsó lejos, a las selvas.*
> *Luego Maleiwa caminó y se topó con una mujer que hilaba algodón y quiso tocarla; ella lo amenazó:*
> *— Te golpearé.*
> *— El la tocó, y la mujer, que era el mar, creció: quería ahogarlo.* [pág. 37]

Haríamos bien en aclarar que la literatura indígena es, antes que "literatura" en el sentido europeo del término, una colección de relatos transmitidos oralmente, y las cosmogonías, ese maravilloso intento de cada pueblo por explicar lo inexplicable, vienen repetidas de boca en boca desde tiempos inmemoriales, y son básicamente un derivado de lo que el indígena mejor conoce: su propia vida.

Adquisiciones recientes

Biblioteca Luis Ángel Arango

Ramón Torres Méndez (1809-1885)
Frutera de La Mesa s. f.
Acuarela sobre papel
25,4 x 17,3 cm.

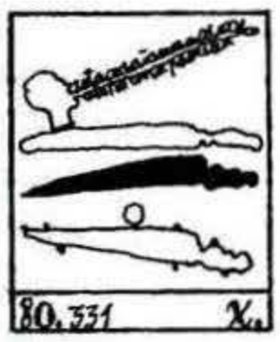
Ramón Torres Méndez (1809-1885)
Mendiga de Bogotá s. f.
Acuarela sobre papel
25,6 x 16, 1 cm.

Ramón Torres Méndez (1809-1885)
Cocinera s. f.
Acuarela sobre papel
23,6 x 15,5 cm.

Ramón Torres Méndez (1809-1885)
Colacionera de Bogotá s. f.
Acuarela sobre papel
23,5 x 14,6 cm.

Quizá por ello, la mayor dificultad en la comprensión de los relatos indígenas presentes en *Raíces*, es que éstos obedecen a patrones ajenos a nuestra propia cultura. No sólo suelen hacer caso omiso del consabido estribillo (introducción-desarrollo-desenlace), sino que también los valores sociales que reflejan, y que marcan por ello las búsquedas personales de los personajes de estas historias, son absolutamente distintos.

Son relatos que, a pesar de ser poco descriptivos, son eminentemente sensoriales. Las pasiones básicas de los individuos desencadenan acontecimientos universales. La supervivencia, con todas sus luchas cotidianas, es el gran reflejo de lo transcendente. El cuerpo no está separado del alma, de más está decirlo, y por ello tanto un golpe como una caricia sobre aquel cuerpo marcará no sólo el carácter del individuo que los recibe, sino que cualquier nuevo acontecimiento en la naturaleza vendrá dado por un cambio en el cuerpo de los personajes sagrados, de acuerdo con su esencia. En el mundo indígena, más allá de una moralidad social, existe una "moralidad corporal", donde el bien supremo es la unidad entre pensamiento, sensación, sentimiento y acción. Y es a partir de este orden que la vida estalla...



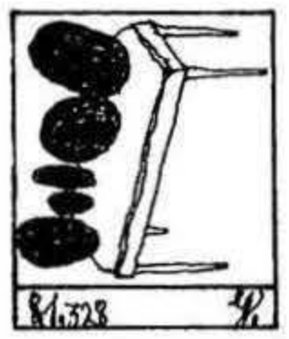
La existencia se ramifica a partir de sensaciones e imágenes. En *La intención amarilla del Padre Sol*, se dice:

> *En el Origen Verdadero de Todo, el Padre Sol, su Hermano Luna y la Hija del Sol —Estrella de la Mañana— vivían solos.*
> *Padre Sol, enamorado de su hija, durmió con ella. Pero Luna también la deseó. Y en la noche visitó a la muchacha, haciéndose pasar por Padre Sol, su hermano.*
> *Una noche, Luna quiso sus favores, Estrella de la Mañana menstruaba y lo rechazó golpeándole la cara con la mano manchada de sangre. Luego Sol hizo una fiesta y Luna bailó. Así Sol vio las feas manchas oscuras sobre el rostro pálido de Luna. En castigo le quitó la gran corona de plumas.*
> *Desde entonces Sol y Luna viven distantes en el cielo, y Luna se oculta tres días cada mes.*
> *Luego, solitario, Padre Sol empezó su viaje río arriba, en la canoa. Llevaba su vara sonajera. Iba en busca del centro del día, el sitio para crear a los hombres.* [pág. 17]

Porque el indígena respeta la unidad y sabe que ésta sólo puede surgir del conjunto de lo heterogéneo, convive con la naturaleza sin pretender transformarla en su propia imagen. Nace de allí esa fuerte imagen ecológica que quieren transmitirnos los autores de este libro. En la introducción afirman:

> *Es una idea fundamental de las filosofías indígenas pensar que todo en el universo debe estar en equilibrio, ya que éste es la razón de la existencia. El equilibrio es algo que puede perderse e incluso tiende a desaparecer si el hombre no actúa para evitarlo.*
> *Es necesario preguntarse: ¿qué es lo que tiende a destruirse?, ¿por qué el hombre al desperdiciar atenta contra el equilibrio universal? Para responder se debe tener en cuenta otra de las ideas fundamentales de la filosofía indígena: el concepto de energía o espíritu siempre en movimiento. La idea de que "el universo todo es energía que fluye". Es esa energía la que tiende a desaparecer. La misión sagrada de los indígenas es lograr que la cantidad de energía o espíritu del universo se mantenga constante. Cuando esa energía se desperdicia empieza a destruirse el equilibrio y la vida. Por ejemplo, un hombre al cazar un animal merma la cantidad de espíritu o energía presente en la selva, por eso debe comerlo, porque al convertirlo en alimento esa energía vuelve a circular.* [pág. 10]

En *Raíces*, los relatos están agrupados de acuerdo con la tribu a la cual pertenecen, y antes de cada conjunto hay una corta introducción respecto a las características específicas de la tribu, tan interesante como los relatos mismos. Y es factor común esa preocupación por el "orden"; una visión de orden muy distinta de la nuestra, por lo que al compararlas descubrimos cuan antropocentrista es nuestra cultura. Nuestro orden, nuestras leyes son, eminentemente, de naturaleza social; las de ellos tienen una índole cósmica... Desde este punto de vista, nuestra cultura, antropocentrista y "científico-prepotente", no puede ser menos que considerada una cultura inmadura con una grave miopía.



En fin, el libro consigue su objetivo, y sólo quedaría desear que la recopilación fuera más extensa, que el trabajo se continuara; no sólo porque la sangre latinoamericana se resiente de su amnesia parcial, sino porque hoy, cuando, a pesar de todos nuestros datos, no podemos sino sentirnos perdidos ante el nuevo descubrimiento de nuestra cultura depredadora de que no basta con conquistar el mundo forzando a la naturaleza a inclinarse a nuestros pies, sino que también hay que mantenerlo, estamos urgidos más que nunca de visiones alternativas, que nos enseñen a mantener habitable esta pelota verdiazul que gira en el espacio sin preocuparse por nuestro peso, y en la que desearíamos tener mejor destino que los dinosaurios.

Sin duda alguna, una visión olvidada por quinientos años podría ayudarnos a seguir aquí.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO